

COMERSE EL MUNDO

EL MÁS GUERRERO de los seis toros de Fuente Ymbro fue el tercero, que se llamaba Pintor. El más guerrero y el más ligero. Poco más de 500 kilos. A los toros cortos de cuello y muy enmorrillados –el morrillo como una pelota- se les suele o solía describir como achichonados. El chichón no está en la frente sino en la pelota. El morro de un toro es el hocico. El morrillo es otra cosa. Los blandos del toro son los costados, pero el blando goloso es ese chichón de pelliza detrás del cuello que tanta seriedad confiere.

En la configuración del trapío intervienen los cuernos y los pitones, y también, pero en proporción distinta, los pechos, los lomos, la culata y el morrillo. No todos los toros se enmorrillan. Los de Miura, por ejemplo, no suelen. Un morrillo frondoso es un adorno de lujo. Una referencia para el matador de turno y para que los picadores afinen la puntería. No procede picar en el morrillo sino justamente detrás. El morrillo es como un monte. Al pie de la falda que no ve el torero, pero sí el picador desde la atalaya de su caballo, es donde, herido de puya, mejor sangra un toro de lidia en pleno combate.

Este toro achichonado, negro zaino, abierto de cuerna y bizco, tan astifino como los demás de la corrida de Fuente Ymbro, fue lo que los revisteros franceses empezaron a llamar un día un toro interesante. Por distinto. Del toro que se duele en el castigo de varas –que protesta, o se sale huido- decían los clásicos que blandeaba. Blandear es tanto como dolerse pero no necesariamente señal de mansedumbre. El toro blando, si está encastado, es difícil pero no ilidiable, sino todo lo contrario. Si es blando y pretende, además, refugiarse en su querencia, la dificultad se multiplica. No cabe el toreo manido, sino el de recursos y riesgo. Y a eso se aplicó, con autoridad y categoría sobresalientes este joven Roca Rey que parece haber venido a Pamplona a comerse el mundo.